

STEPHAN LESSENICH

A large front loader is positioned on a massive, sprawling pile of garbage. The scene is bathed in a monochromatic orange light, suggesting a sunset or sunrise. The loader's bucket is raised, and it appears to be in the process of moving or compacting the waste. The background is a clear, orange sky, and the foreground is filled with various types of trash, including plastic bags, paper, and other debris.

LÍMITES DE LA DEMOCRACIA

La participación como
un problema de distribución

Herder

Stephan Lessenich

Límites de la democracia

La participación como un problema de distribución

Traducción de Miguel Alberti

Herder



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

Título original: Grenzen der Demokratie. Teilhabe als Verteilungsproblem

Traducción: Miguel Alberti

Diseño de la cubierta: Toni Cabré

Edición digital: José Toribio Barba

© 2019, Philipp Reclam Jun. Verlag GmbH, Ditzingen

© 2022, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN EPUB: 978-84-254-4782-2

1.ª edición digital, 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

1. ¿POSEMOCRACIA?
2. ABRIR Y CERRAR
3. ARRIBA CONTRA ABAJO
4. HINZ CONTRA KUNZ
5. ADENTRO CONTRA AFUERA
6. TODOS CONTRA UNA
7. EL MIEDO A LA DEMOCRACIA
8. ¡SOLIDARIDAD!

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

1. ¿POSDEMOCRACIA?

La democracia... ¿Quién podría no estar a favor de ella? «Democracia» es un concepto de gran valor apreciado en todas partes, posiblemente *el* concepto de gran valor de la Modernidad occidental por antonomasia. Las sociedades modernas son sociedades democráticas: esta equiparación de apariencia sencilla es un elemento fundamental del modo en que la Modernidad se percibe a sí misma. Fue solo gracias a una democratización progresiva de la sociedad que a otros valores básicos, como el de libertad o el de igualdad, les fue posible, en general, realizarse. Solo por su intermediación las sociedades «modernas» pudieron volverse *modernas* realmente (en el sentido de estar constituidas históricamente en línea con su época).

Integración a pesar de la diferencia; unidad en la diversidad; autodeterminación en la vida en comunidad: todas estas ideas directrices aparentemente contradictorias de la socialización moderna están ligadas a la «invención» y a la existencia de instituciones y de procedimientos democráticos. La célebre frase de Winston Churchill acerca de la democracia como la menos mala de las variantes conocidas de regímenes políticos¹ da, con su sobria agudeza alejada de todo énfasis idealizador, en la tecla: es la democracia la que torna siquiera posible el hecho, de otro modo altamente improbable, de que la sociedad esté en condiciones de controlar la complejidad social.

El hecho de que, a pesar de todas las repetidas críticas que se le hacen a su funcionalidad, la democracia siga

teniendo, en el plano de la norma moral, una posición tan buena como antes, se evidencia, entre otras cosas, en el hecho de que casi nadie desea ser tenido por no democrático o por antidemocrático. No es casual que incluso autócratas reconocidos reclamen para sí mismos y para sus intenciones que se les otorgue su sello de calidad. La «democracia dirigida», hoy defendida por la Rusia del «demócrata puro» Putin pero practicada ya a finales de la década de 1950 por el entonces presidente de Indonesia Sukarno, solo es uno de los numerosos intentos de gobernantes de todas partes del mundo por ajustar los principios democráticos a las costumbres nacionales o bien a las presuntas particularidades del respectivo «carácter popular» (es decir, ablandarlos). E incluso el general Augusto Pinochet, que derribó con un golpe de Estado la democracia popular de Salvador Allende en el Chile de 1973, activamente ayudado por uno de los países padres de la democracia, y que cargó sobre su conciencia, desde entonces, miles de vidas humanas, insistía en presentar a su forma de gobierno, cuasi-democráticamente, como una «dictablanda», o sea, como una dictadura política suave que, en realidad, propiciaría la preservación o incluso el restablecimiento de los derechos civiles.

De allí que, si con el correr del tiempo empezó a parecer que la democracia está en peligro también aquí, en este país, si en la actualidad se habla por doquier de una crisis, o incluso del declive y el desmoronamiento de la democracia liberal, entonces corresponde que suenen, efectivamente, las campanas de alarma social —puesto que esto afecta al núcleo, al corazón mismo de la Modernidad.

DESENCANTO POLÍTICO

Ahora bien: también es un hecho que no empezaron recién ayer a ser tematizadas públicamente manifestaciones

ocasionales de agotamiento de la menos mala de las formas de gobierno. Muy por el contrario, el debate en torno al «desencanto político» en la ciudadanía acompaña el acontecer de la política ya desde hace mucho. En la República Federal de Alemania el concepto caracterizó a la opinión pública ya a finales de la década de 1980 —por ende, aun antes del comienzo de las decepciones de la reunificación—. En 1992 la Academia del idioma alemán la nombró «palabra del año» y apenas dos años después fue incorporada al diccionario *Duden*.

Posicionado conceptualmente en un espacio asociativo común con sentimientos de frustración, de disgusto y de insatisfacción, es un hecho que el diagnóstico de desencanto también hace referencia a la proximidad con estados de ánimo similares pero más agresivos, como la amargura, el rencor y la ira. Y, sin embargo, la referencia al disgusto de la gente respecto de «la política» por parte de las ciencias políticas de alguna manera permaneció en general en la superficie de los fenómenos: a partir del desencanto *político* de base a menudo se generó en el discurso político incluso el desencanto *de los políticos*, personalizable, para el cual cualquiera podía encontrar sin dificultad un ejemplo atinado. O bien se transformó en el *topos* del desencanto *de los partidos*, que sugería (apelando a estereotipos capaces de conseguir aceptación generalizada en torno a la vida comunitaria local y el «trabajo duro») una aparente proximidad con la vida, al cual se reaccionó con un gesto condescendiente de encogimiento de hombros en última instancia intrascendente.

Así, pues, el distanciamiento del acontecer político, que ya en aquel entonces era claramente popular, no fue relacionado, por mucho tiempo, con una aproximación de amplios sectores de la población a brotes populistas. Más bien se lo veía como una comprobación de la apatía propia de la prosperidad de una población ocupada en otros

asuntos como la planificación familiar y el consumo. O bien se lo atribuía a la siempre renovable «generación joven», para la cual los vínculos democráticos vigentes se habrían vuelto sencillamente obvios y por ello, a diferencia de lo que ocurría todavía con sus padres, en el plano político tan solo dejaba que pasara lo que tuviera que pasar. En cambio, no fue formulada, en general, la variante de interpretación que parece menos inocente, a saber: que detrás de la progresiva despoltización que en las jornadas electorales es llorada con lágrimas de cocodrilo por la noche, ante las cámaras encendidas, después de cada nuevo retroceso de la participación electoral (y que acto seguido es dejada nuevamente en el olvido), se podía haber estado ocultando una crítica al sistema que, por el momento, seguía siendo pasiva.

Esto en la actualidad es completamente distinto: hoy la preocupación pública por la democracia es más profunda. En ocasiones, incluso, todo se juega en ella. No pocas veces se hacen paralelismos históricos con la década de 1920 y la zozobra de la República de Weimar —en tanto «democracia sin demócratas»—. El ascenso de la Nueva Derecha en Alemania y Europa; la proliferación de democracias autoritarias en las sociedades postsocialistas y la política gubernamental populista de derecha en Austria e Italia; la entrada en la escena pública de los «indignados», denominados así por sí mismos o por otros; las innovadoras erupciones de desprecio y de odio en las «redes sociales»; la maquinaria de agitación transmedial que en última instancia solo gira en falso; el carácter irreconciliable del trato en el debate político; y, por último, la dinámica de suspensión de la comunicación entre opiniones al parecer incompatibles que penetró hasta el interior del ámbito privado: todo ello, también (y, tal vez, especialmente), a quien en el mejor de los casos conoce de oídas las épocas turbulentas de la política, le recuerda, con inquietud, a «antes».

«POSDEMOCRACIA»

En cierto modo, el politólogo y sociólogo británico Colin Crouch escribió, prácticamente, el libro en el que se basó la película que se está proyectando ante los ojos espirituales de quienes temen por la democracia de posguerra. Con *Post-Democracy*, aparecido por primera vez en 2004 y también en traducción alemana cuatro años después,² Crouch ha tocado, de manera absolutamente evidente, la fibra sensible de la época —y ha forjado un concepto que no solo ha provocado una oleada de bibliografía académica sino que también se volvió moneda corriente en el debate político mediático—. Hoy, en donde sea que se encuentren reunidas, en nombre de la preocupación por la democracia, dos o tres personas, la «posdemocracia» de Crouch estará a la orden del día.

Crouch califica a la democracia realmente existente en nuestros días, en última instancia, de caduca, dado que detrás de la fachada de un orden democrático en funcionamiento —con todo lo que ello implica: división de poderes, cambios de gobierno, reserva de ley— se efectúa, en los hechos, un lento socavamiento y una lenta depreciación de los procesos de formación de opinión política y de toma de decisiones. La razón fundamental para que ello suceda sería el predominio cada vez más desenfrenado de los intereses económicos, que se manifiesta por lo menos de dos maneras: por un lado, como un complejo de industria mediática que solo sirve para la producción de atención superficial; por el otro lado, en forma de una multitud de grupos de presión económicos que operan a puerta cerrada entre los bastidores de la política. Las «auténticas» decisiones —esta es la esencia del argumento— no son tomadas por los representantes electos democráticamente por la ciudadanía sino por poderosos representantes de intereses particulares con acceso inmediato a funcionarios y administradores,

consejeros y entidades reguladoras. Este estado de cosas se le oculta al público por medio de un espectáculo político en el que apenas se sigue tratando de algo sustancial y en cambio se trata mayormente de lo «humano, demasiado humano»: de puestos lucrativos y de *posts* hechos para aumentar la visibilidad en lugar de tratarse de posicionamientos con contenido; se trata del combate por la mayor atención en lugar de tratarse de las mejores soluciones. En una palabra: no se trata de política, sino de *politainment*.

Más allá de la veracidad de este análisis —y de la capacidad del concepto de ajustarse a interpretaciones críticas-progresistas tanto como a las antidemocráticas-conspirativas— lo que aquí interesa más que cualquier otra cosa es frente a qué horizonte contrario la imagen de Crouch de los vínculos posdemocráticos despliega su amenazador efecto sombrío. Porque construye, como *lo otro* del presente posdemocrático, un pasado todavía no demasiado lejano en el que tal vez no todo era mejor, pero en todo caso todavía estaba en orden el mundo de la democracia. Crouch mismo condensa su relato del ascenso y la caída de la democracia en las sociedades industrializadas occidentales en la forma de una parábola: mientras que dichas sociedades intentaron durante siglos alcanzar un grado cada vez mayor de democracia, la década de 1970 representó un punto de inflexión histórico a partir del cual la calidad democrática de la comunidad de Europa occidental y de Norteamérica estuvo permanentemente en declive.

Como imagen contraria a la de la posdemocracia aparece, entonces, la mirada retrospectiva hacia una pasada «edad de oro» en la que —según se dice— habría estado asegurada, de manera duradera, una participación democrática amplia, incluso una que habría tendido a alcanzar a la sociedad en su conjunto. Era la época de los partidos populares y de la democracia de grandes grupos;

una época en la que no solo la participación electoral era alta y los votos se concentraban sobre todo en representantes políticos de los medios sociales del «centro», el burgués y el asalariado —la Democracia Cristiana y la Socialdemocracia, *tories* y *labour*— sino que además el capital y el trabajo estaban organizados (y de una manera altamente centralizada, si hacía falta) e intervenían, en tanto intereses organizados de ese modo, en los procesos democráticos de negociación —de hecho, no solo internamente, es decir, en lo referido a la configuración, planteada en términos de cooperación social, de las condiciones de producción y de trabajo, sino también, yendo mucho más allá, en el triángulo amoroso con las autoridades estatales, las cuales emprendían importantes proyectos políticos consultando y, en lo posible, acordando con los grupos de interés sociales correspondientes (o sea, en la coordinación «corporativa» con sindicatos y organizaciones patronales).

De acuerdo a todo lo que se conoce, esta narrativa sobre el breve verano de la democracia (descrita aquí estilizándola apenas un poco) es cuestionable en cuanto a su grado de realidad. No se trata de que haya sido completamente inventada —de ninguna manera—, pero, en su exageración de la concurrencia y la participación efectivas del «núcleo productivo» de la sociedad industrial de posguerra en las posiciones de mando y en las ventajas de la democracia corporativa, oculta, por lo menos, partes esenciales de la realidad social de esta sociedad: en las mistificaciones retrospectivas de los «buenos viejos tiempos», la existencia democrática en las sombras de las mujeres, los migrantes y los no asalariados solo aparece (si de hecho aparece) en una posición muy marginal. Incluso estudios impresionantes que documentan el desnivel socioestructural que existe en cuanto a la participación electoral estructural entre el sector socialmente privilegiado y el postergado sugieren a menudo que la